

Reinaldo FUNES MONZOTE

*From Rainforest to Cane Field in Cuba. An Environmental History since 1492*

Chapel Hill (Carolina del Norte), The University of North Carolina Press, 2008, 357 pp.

El comercio internacional de productos alimenticios ha sido abordado usualmente por los historiadores económicos desde la perspectiva de las ventajas comparativas, de las oportunidades para el desarrollo económico de los países productores, o simplemente como un apartado más de los flujos de mercancías en una economía cada vez más globalizada. Menos frecuente ha sido el estudio de los impactos que estos flujos de biomasa han tenido sobre los países de origen y en mucha menor medida sobre los países de destino. Se ha destacado la injusta distribución del valor añadido que el intercambio de estos productos por otros manufacturados ha deparado e incluso se ha señalado este tipo de transacciones internacionales como un mecanismo generador de subdesarrollo y periferización. Se ha llegado a destacar el efecto que sobre el sector agrario de los países exportadores tuvo la especialización en un número reducido de productos agrícolas, potenciando la expansión de un sector agrario de vocación exportadora a costa de la agricultura de subsistencia y elevando la pobreza rural y el éxodo masivo a las ciudades. Pero en muy pocas ocasiones se ha indagado sobre los efectos que la exportación de grandes cantidades de productos agrarios tuvo sobre el medio ambiente de los países exportadores.

Sobre ello versa la obra de Reinaldo Funes Monzote que aquí reseñamos. Es una versión revisada y con algunas modificaciones del libro publicado por la editorial Siglo XXI de México en 2004 con el título de *De bosque a sabana. Azúcar, deforestación y medioambiente en Cuba, 1492-1926*, que obtuvo el Premio al Pensamiento Caribeño, en la categoría de pensamiento medioambiental del 2003, entregado por el Estado de Quintana Roo, la UNESCO y la referida Editorial. En sus páginas se narra la historia de las interacciones entre el avance de la industria azucarera por las regiones naturales llanas y alomadas de Cuba y la desaparición de los bosques que eran hasta entonces el elemento predominante en los paisajes rurales. Aunque es un tema ya abordado, lo había sido de manera parcial e indirecta. Éste es el primer trabajo de investigación que se dedica a evaluar detenida y específicamente ese proceso de deforestación desde el inicio de la colonización española hasta las primeras décadas del siglo xx, ya con Cuba como país independiente. Las conclusiones que se extraen de su amena y bien ilustrada lectura son contundentes: la expansión azucarera por la colonia española supuso la progresiva expansión de la frontera boscosa del país. Crecimiento de la producción azucarera y deforestación fueron, pues, dos caras de la misma moneda. Este movimiento expansivo partió fundamentalmente desde la zona habanera, primer foco de la gran plantación esclavista, hacia

los territorios del oriente de la Isla. Los territorios de bosques proporcionaban maderas de construcción, leña para combustible y tierras fértiles, gracias a la abundancia de materia orgánica disponible tras los desmontes. Con el tiempo, los dos primeros factores perdieron importancia, pero quedó el tercero como una poderosa fuerza de atracción por ser una garantía de altos rendimientos en el cultivo de la caña de azúcar.

En el libro se analizan las diferentes etapas de la expansión azucarera por las regiones naturales cubanas y su impacto ambiental, de acuerdo siempre a la capacidad de transformación de la tecnología empleada y a las convenciones legales e ideológicas de cada momento. El mayor énfasis se pone en la transformación ocurrida en el momento de convertirse la Isla en la más importante exportadora de azúcar en el mundo, propiciada por la rebelión de los esclavos en Haití (1791). Como trasfondo de este gran salto tomaron fuerza los conflictos que desde la década de 1770 se desarrollaban entre la Marina Real española y los hacendados azucareros de la zona de La Habana por el dominio y explotación de los bosques cubanos, disputa en la que terminaron venciendo los hacendados, al obtener por Real Cédula del 30 de agosto de 1815 el derecho absoluto a talar los bosques dentro de sus propiedades.

La conjunción de la libertad plena para la tala de los bosques en terrenos de propiedad particular, que eran los predominantes, y la creciente capacidad de transformación de las tecnologías de la era industrial aplicadas a la agro-industria azucarera, en lo que Cuba fue un territorio pionero, explican en gran medida el cambio radical que sufrieron los paisajes insulares en poco más de un siglo. Máquinas de vapor, aparatos de evaporación al vacío, centrífugas y ferrocarriles —que en este caso se introdujeron diez años antes que en la Península— cambiaron radicalmente las condiciones de producción, aunque esta se mantuvo sobre la base del trabajo esclavo hasta su abolición definitiva en 1886. Pero la denuncia de la acelerada expansión del azúcar a costa de los bosques, motivada en última instancia por la demanda del mercado mundial, y sus consecuencias adversas en el orden ambiental no es un tema que haya surgido de anacrónicas preocupaciones actuales o de la moda historiográfica del momento. La deforestación y demás daños ambientales que la expansión azucarera estaba teniendo fueron señalados por muchos contemporáneos, sin que sus demandas recibieran atención en la mayoría de los casos. La presencia de estas voces críticas del modo depredador en que se estaban dilapidando los bosques cubanos para favorecer el auge del azúcar constituye una constante a lo largo del texto y uno de los aspectos más interesantes del libro.

Junto al estudio del impacto de la industria azucarera sobre los bosques, se abordan también temas como el sistema de explotación forestal para las construcciones navales en el astillero de La Habana hasta fines del siglo XVIII, el comercio de exportación e importación de maderas y los inicios de una Administración forestal moder-

na en la Isla en la segunda mitad del siglo XIX y la legislación forestal en general, así como el impacto del ferrocarril, primero para transportar los productos finales a los puertos y después también para llevar las materias primas a las fábricas.

Los cinco primeros capítulos abordan la etapa de cuatro siglos del colonialismo español, donde los primeros doscientos cincuenta años se tratan más bien como antecedentes. Las largas disputas entre los hacendados azucareros y la Marina Real por el dominio y explotación de los bosques centran buena parte de la atención de los capítulos 3 y 4. El cuarto se dedica a la edad de oro de las plantaciones esclavistas y el quinto trata la etapa de transición hacia los grandes ingenios centrales como parte de las reformas estructurales de la industria. Por último, el capítulo sexto rebasa la frontera del siglo XX y abarca el primer cuarto del mismo. Durante el período de intervención en la isla por parte del ejército de Estados Unidos hasta la instauración de la República de Cuba (1898-1902), se crean las bases de una nueva subordinación económica y política del país que propició, en una escala desconocida hasta entonces, la conquista definitiva de los extensos bosques que aún existían en la mitad oriental. En este período se establecieron gigantescos latifundios azucareros, en su mayor parte de propiedad norteamericana, que tenían por centro las más grandes y modernas fábricas de azúcar del mundo rodeadas de inmensos cañaverales.

El libro es, pues, de lectura obligada para quien quiera conocer la cara oculta del creciente flujo de alimentos en el mercado internacional, en su mayoría destinados a sostener el crecimiento urbano-industrial de las metrópolis que sus agriculturas se han visto a menudo incapaces de sostener. Queda por saber si, como ocurrió con la exportación hacia Europa de guano del Perú, los suelos cubanos vieron disminuir su stock de nutrientes y, como consecuencia de ello, se redujo su capacidad productiva y se degradaron sus suelos. El excelente trabajo que hemos reseñado muestra, sin lugar a dudas, que junto al azúcar que afluyó al mercado internacional iban otros flujos, estos ocultos: deforestación, reducción dramática de la biodiversidad, empobrecimiento de los suelos, etc.; esto es, con el azúcar se exportaba también una parte muy importante del capital natural de la isla que ya nunca podría ser invertido en su propio desarrollo.

**Manuel González de Molina**

*Universidad Pablo de Olavide (Sevilla)*